

obras hay pasajes mucho mas chocantes que los que he citado : en mi cuento veréis algunos de ellos. — ¡Qué deseos tengo de ver esos pasajes! Por Dios, mamá, díganos Vd. algunos. — No podríais conocer el exceso de inverosimilitud. — Si lo entenderé, mamá, porque ya no me gusta sino lo verosímil. — No es eso la disposicion que yo deseo que tengas para leer mi cuento. — Ya veo que será preciso esperar; pero creo seguramente que no hablará Vd. en él de aquellas expresiones que tanto criticó mi hermano, puesto que dijo Vd. que sus observaciones eran nimias. — Me es preciso hablar de ellas para hacer ver que sus autores no han conocido el mundo, y lo pruebo demostrando que ignoran del todo su tono y sus usos. — Es verdad; pero siendo así nos prohibirá Vd. en su cuento la lectura de esos libros. — Solamente la de algunos; pues no he tenido otro fin en componer mi cuento mas que el de que los leáis, no solo sin riesgo, sino tambien con fruto. — ¿Con que hay algunos buenos? — Seguramente : leeréis algunos que solo tienen el defecto de que estamos hablando; por lo demas admiraréis en ellos mucha sensibilidad y expresion; excelentes máximas; ideas ingeniosas; hermosísimas pinturas, y casi siempre un diálogo muy vivo y lleno de sales y finura. ¡Qué lástima es que con un mérito tan superior haya el autor tomado sus pinturas del *gran mundo* en algunas obras que él mismo debia despreciar con mas motivo que otro alguno! Si solo hubiese consultado á su corazon y á la razon, no se hubiera separado tanto de la verdad.

Hablemos ahora de madama de Luzane y de su hija, continuó la Marquesa. ¿Qué os han parecido? — Á mí me ha parecido madama de Luzane muy amable, y Sidonia muy preciosa. — Tienes razon, son muy atentas, prudentes y naturales; estas son prendas apreciadas de todos y en todo país. — Yo he hablado en voz baja con Sidonia, y me respondia con mucha complacencia y dulzura. ¿Qué sería si le hubiesen dado una educacion buena? — Pero dime : ¿qué entiendes por una buena educacion? — Mamá... la nuestra. — Te estimo mucho la lisonja, pero no pido un elogio sino una definicion. — Una buena educacion... es tener muchas habilidades. Sidonia, segun ella misma me ha dicho, no sabe ni música, ni dibujo; nunca ha tenido maestro de baile... — ¿Te acuerdas de haber oído hablar de la señora Flora, actriz de la Ópera? — Sí, señora : ¿no es aquella que mi tia no quiso que fuese á la funcion

que dió? — La misma : y aquella aria que cantaron tan mal, la señora Flora la hubiera cantado perfectamente. — Es verdad; pero no es persona decente. — Pues no obstante, la señora Flora canta divinamente, toca muy bien varios instrumentos, baila perfectamente; en fin, *tiene muchas habilidades* : por tanto, segun tu definicion ha tenido una educacion perfecta. — ¡Oh! no por cierto, pues que no es persona decente. — Ya conocerás ahora que no siempre una educacion brillante se debe llamar buena. — Es verdad, mamá. — ¿No te he dicho mil veces que no hagas mucho aprecio de las cosas que no son verdaderamente importantes? Las habilidades nos ofrecen mil recreos agradables; cuantas mas se poseen mas adorno se tiene, mas gracias y medios de agradar á todos, y de contentarse á sí propios; pero las gracias y habilidades no pueden sin la virtud hacernos dichosos. — No ciertamente, dijo César, puesto que para serlo se ha de lograr ser querido y estimado... El baile, el dibujo y la música no nos hacen estimables ni amados. — ¿Con que no son sino unos pasatiempos frívolos? — Pero mucho ménos frívolos que la hermosura y las grácias exteriores; porque ademas de las infinitas diversiones que las habilidades nos proporcionan, cuesta algun trabajo adquirirlas; y se debe suponer, con razon, que una jóven que tiene muchas, ha sido dócil y capaz de aplicacion y perseverancia : miradas de este modo, siempre merecen algun aprecio. — ¿Y la instruccion? — Todo lo que puede ilustrar el entendimiento y extender la imaginacion, debe perfeccionar nuestra razon y hacernos virtuosos; la lectura continua, la geografia, las lenguas y la geometría, etc., son conocimientos que ilustran el entendimiento; por consiguiente la erudicion y las ciencias no son cosas frívolas. — Es muy cierto, porque son causa de que seamos estimables; y por eso son muy superiores á los talentos puramente de diversion. — Es fijo, y solo las cualidades del alma son superiores á la ciencia y á la instruccion.

Decidme ahora, hijos míos : si conocieseis á una señorita sin habilidades, no sabiendo mas lengua que la suya, y sin elementos de ciencia alguna; pero amante de la lectura y del trabajo, nunca ociosa, y ademas modesta, buena, siempre igual; agasajadora, natural y prudente; desconfiada de sí propia, deseando y pidiendo consejos, y reuniendo la prudencia y la discrecion con la franqueza; dime tú, Pulqueria, ¿dirías que esta señorita *no habia tenido una*



*buena educacion?* — ¡Ah mamá! Ya confieso mi error. Si, como lo creo, Sidonia es todo eso, aseguro á Vd. que ahora pienso verdaderamente que su educacion ha sido excelente. — Y es así, puesto que el objeto principal de un padre ó de una madre, es el de reprimir los defectos de su hijo y perfeccionar su genio. Si le hace ser bueno, virtuoso y sociable, ha desempeñado dignamente las sublimes funciones de su cargo. — Ya lo he comprendido; pero, mamá, si además de la virtud y el buen genio hiciese adquirir á su hijo habilidades é instruccion, entónces la educacion sería perfecta; y esto me parece muy posible. — Es cierto, y yo espero que algun dia seréis vosotros la mejor prueba de esto; fuera de que me sería fácil citaros várias personas jóvenes que reunen las prendas de corazon con los talentos, y la instruccion con las habilidades: esto sin contar á Delfina, Eglantina, y la amable Eugenia. — ¡Ah mamá! no olvidaré en mi vida esta conversacion; me acordaré siempre de que no se deben apreciar en mucho sino las cosas esenciales; y en adelante no equivocaré las educaciones que no son mas que aparentes con las sólidas y buenas, esto es, las que hacen ser buenos y virtuosos. — Todo esto debe hacerte conocer tambien, que una madre amante y zelosa puede en una aldea, sin riquezas y sin maestros, ayudada solamente del juicio y de la vigilancia, dar á su hija una crianza muy buena; para lograrlo no necesita mas que cariño, paciencia y algunos libros escogidos.

La noche misma de esta conversacion se les escaparon á los niños en la cena algunas burlas contra Mr. de Luzane. Su madre les dió por esto una séria reprension. ¿Qué es esto? les dijo, yo creia que me habíais dado una prueba muy grande de vuestra confianza; pero ya veo que lo que yo atribuia á vuestro cariño para conmigo, solo procede de vuestra malignidad... — ¡Mamá, oh Dios mío! — Es natural que me consultéis, que me deis cuenta de vuestro modo de pensar, de los efectos que causan en vosotros estos ó aquellos objetos, para que así aprendáis á conocer cuándo juzgáis mal ó bien. Por tanto, apruebo que me digáis claramente lo que pensáis de las personas que vienen á vernos, con tal que vuestras observaciones no recaigan sobre frioleras; si en la conversacion se dice algo que os parezca contráριο á las reglas de buena crianza, siempre aprobaré que me comunicéis los reparos que habréis hecho. Esta franqueza la reputaré como confianza; pero cuando la hagáis no siendo

conmigo, ya no será mas que indiscrecion ó murmuracion. — Mamá, es verdad, hemos faltado... — Y gravemente... La murmuracion, vicio odioso en cualquiera, en la juventud es aun mas ridiculo, repugnante y aborrecible. No digo en vuestra edad, pero aun á diez y ocho, á veinte años, ¿quién es capaz de juzgar y decidir cuando se trata de censurar las acciones de otros? En esa edad nadie ha conseguido todavía un buen concepto; ¿y cómo podrá pretender lograrlo el que hace patente su ligereza, indiscrecion y malignidad? Nadie necesita mas que un jóven de la indulgencia de todos: ¿y quién querrá tenerla con aquel que es inconsiderado y de mala intencion? El que se acostumbra á murmurar pierde todas las gracias apreciables de su edad, y hace conocer que carece igualmente de discernimiento, de juicio y de buenos principios.

Esta reprension afligió mucho á los niños: y sobre todo cuando oyeron decir á su madre que esta falta atrasaria las veladas... — ¿Y cuánto tiempo? preguntaron muy desconsolados. — Voy á comenzar el *cuento maravilloso* que os he prometido. — ¿Y luego que se acabe tendremos veladas? — No; solamente se empezarán quince dias despues. — ¡Qué dilacion tan larga! — Debíais llorar, no este atraso, sino la culpa que le ha causado; porque ya sabéis que si no os conformáis se doblará la penitencia. — ¡Pues podríamos quejarnos, mamá mia! Conocemos que Vd. es la misma justicia: lo que mas nos aflige es el arrepentimiento.

Esto costó lágrimas; pero la ternura maternal las enjugó; y las dulces caricias de tan buena madre sirvieron de consuelo á aquel castigo tan amargo.

La Marquesa principió á componer su obrita, como lo habia ofrecido, y el quince de Junio avisó que su cuento estaba concluido y copiado. Esta noticia causó sumo regocijo; sin embargo costó suspiros el pensar que se habian de pasar quince dias ántes de oirlo; pero las diversiones tan várias de la estacion mas hermosa del año hicieron esta privacion ménos sensible que si hubiese sido en las prolijas noches del invierno. Ya empezaban á pintar las cerezas, y los bosques estaban llenos de fresas. Agustiniéo enseñaba á César á subir á los árboles; muchas veces traía nidos con jilgueritos ó verdecillos en cañones. ¡Feliz la hermanita á quien destinaba este regalo! ¡Qué gozo tan puro, qué agradecimiento le causaba! No obstante, al tomarlos se enternecian considerando el dolor de la



*pobre madre* privada de sus hijitos; pero los nidos se guardaban, y se buscaban jaulas... Tambien se divertian haciendo canastillos de mimbres y cestos de juncos *para coger todas las flores de los campos, y todas las fresas de los bosques*. Todas estas diversiones no hacian que se olvidase el *jardin* : los narcisos y los claveles habian ocupado el puesto de los jacintos : ya no tenian flor las lilas; pero el deseo de ver las primeras rosas hacia su falta ménos sensible.



Una mañana que la Marquesa se paseaba con el abate y la familia menuda cerca del jardinito de los niños, le pidió licencia Pulqueria para ir á dar una vista á sus rosales. Concedido el permiso, echa á correr, entra en su jardin, y ve una rosa hermosísima ya del todo abierta : quiere cortarla para presentársela á su madre, pero no tiene ni tijeras ni navaja. La rama de la rosa era bastante gruesa, toda cubierta de espinas, y Pulqueria no tenia ni maña ni fuerza : apurada, determina envolverse la mano en su delantal; y creyendo que con esta defensa no la picarian las espinas, agarra la rama con uerza. Al punto da un chillido, retira prontamente sus dedos enangrentados, sacudiendo con tal violencia la rama, que la rosa

quedó medio deshojada. Esta desgracia hizo saltar las lágrimas á Pulqueria ; y á pesar de su dolor, solo piensa en el rosal; aparta la mano, temiendo que la sangre que chorrea de sus dedos aje sus hermosas hojas ; pero siente algun consuelo en llorar sobre la rosa medio deshojada.

En este instante la Marquesa, pálida y toda temblando, entra apresuradamente en el jardin, seguida del abate, de Carolina y de César : habia oido el chillido de Pulqueria, y llena de susto venia á ver lo que habia sucedido. Al ver Pulqueria á su madre, tuvo vergüenza de su poco ánimo, y corrió á echarse en sus brazos. Después de haberle contado el lance, prosiguió : Mamá, era la mas hermosa de todas mis rosas, y yo la guardaba para Vd. — ¿Con que el chillido que tanto me ha asustado ha sido por eso, y no por una ridicula delicadeza? — Mamá... no creí haber gritado tanto. — Pues á mí me parece que en mi vida he oido un chillido mas penetrante... — Es porque conoció Vd. mi voz... ¡Ah! mamá, apenas puede Vd. estar en pié : sentémonos. — En fin ya estoy contenta, tú no llorabas sino porque tu rosa se habia deshojado, y porque me la querias dar; esa es mucha generosidad... — Mamá... — ¿Qué tienes, hija mia? ¿Por qué te turbas? — Mamá... es que tambien lloraba un poco por las picaduras... Esta graciosa ingenuidad le valió mil cariñosas ternezas de su madre, y muchos elogios. Conserva, hija de mi alma, le dijo, conserva toda tu vida ese candor y generosidad; dí siempre la verdad, y nunca admitas alabanza alguna que esté fundada en un error. Es bajeza, es injusticia disfrutar de la aprobacion de los demas sin merecerla; es una infame usurpacion. Una alma grande es feliz por el bien que hace, no por los aplausos que recibe.

Es cierto, dijo el abate, que esta señorita tiene una ingenuidad natural, que no se puede alabar bastante; pero sería mejor que fuese tan animosa como sincera. — Á bien, dijo Pulqueria, que el valor no es prenda necesaria en una mujer. — Es verdad, replicó el abate, que no teniendo la mujer las fuerzas del hombre, no puede ser tan valiente como él; no ha nacido para manejar una espada ni mandar un ejército : y por tanto puede sin nota de deshonra no tener valor; pero si absolutamente no tiene nada, es muy digna de lástima, y no lo será de estimacion. No se le pide que tenga un valor heroico; pero no se le perdona la pusilanimidad, porque ni en



hombre ni en mujer hay excusa para la cobardía. — Además de que, prosiguió la Marquesa, si lloras por una picadura, ¿qué harías si te sacasen una muela? ¿Cómo podrías tolerar una infinidad de males, propios de nuestra débil naturaleza, como, por ejemplo, un fuerte dolor de cabeza, un cólico, ó una convulsion de nervios?... — Yo bien quisiera ser animosa. — En ti pende. — ¿Pues cómo? — Imita á tu hermano, aprende á sufrir sin quejarte : en esto está todo el secreto. — Pero es muy difícil. — No lo creas; con solo un poco de dominio sobre ti misma, y algunas reflexiones, lo conseguirás muy fácilmente. El que se queja exagera sus males y los aumenta : el que procura violentarse para no hablar de ellos se suele distraer. El otro día, por ejemplo, en el paseo tenias sed. ¿De qué te sirvió repetir cien veces : *¡Qué sed tengo! ¡Dios mio! ¡Qué sed tengo! ¡Me muero de sed!* Estabas muy impertinente, nos aburríste, no atendiste á la conversacion, y todas tus enfadosas lamentaciones no te hicieron lograr una sola gota de agua. — Es verdad; tengo esa mala costumbre, pero por lo que mas lo siento es porque la importuné á Vd., mamá mia. Pero si yo la viese á Vd. padecer, no me causarían enfado sus quejas. — Tus quejas me enfadaban y me afligian, porque siendo tu madre no puedes tener pena ó dolor alguno, ya sea real ya imaginario, de que yo no participe; pero si no hubieses sido hija mia, esas mismas quejas no me hubieran inspirado sino desprecio, porque comunmente no se compadecen los males de poca entidad, sino cuando se sufren con paciencia. — Le prometo á Vd. que me corregiré.

Á los cinco ó seis dias despues de esta conversacion, y finalizada la penitencia de Pulqueria, la Marquesa dijo, que aquella noche les comenzaria á leer el cuento que habia compuesto. Despues de cenar fueron los niños corriendo á la sala, y la Marquesa, despues de haberse sentado junto á una mesa, sacó el manuscrito de la faltriquera. Antes de empezar á leer, dijo : quiero recordaros que me obligué á no contar sino cosas muy extraordinarias, pero al mismo tiempo posibles; cosas que os parecerian increíbles, pero que habrán sucedido, ó podrán suceder : en dos palabras, fenómenos cuya existencia pasada ó actual sea del todo cierta. No he inventado mas que los lances, y es la única cosa que os parecerá creíble. Todo lo que os ha de parecer *maravilloso*, y todo lo que se asemejará á los cuentos de encantos, será exactamente verdadero y natural. — ¡Qué cosa

tan linda!... ¡Verdades increíbles! ¡Cuánto mejor es eso que las verdades que saltan á los ojos! — ¿Pero, mamá, es posible que hemos de creer á cada paso lo que no podremos comprender? — No lo sientas, ni te cause vergüenza, hijo mio; esa es pensión comun al niño, y al hombre instruido y curioso. Nuestras luces son muy limitadas para poder comprender todas las verdades que están demostradas. Sería un absurdo creer un hecho tan solo porque es maravilloso; y tambien sería necio el que negase la existencia de una cosa, porque á primera vista le pareciese incomprendible. No hemos de creerlo todo fácilmente; pero no por eso nos hemos de entregar á la vana y ridícula presuncion que desprecia, y niega neciamente todo lo que nuestra débil razon no puede concebir. — Pero como todas las maravillas de su cuento de Vd. son ciertas, podremos creerlas á ciegas; eso me basta. — Pues yo quisiera entenderlas. ¿Me las explicará Vd., mamá? — Te explicaré lo que sé, que es muy poco. Tengo muy cortos conocimientos, y sobre todo de Física; y además te vuelvo á decir que hay infinitos fenómenos que aun los hombres mas sabios no podrán explicar jamas. — De esa suerte á cada cosa maravillosa tendrá Vd. que interrumpir su narracion para explicarla. — No por cierto, pues bien podéis conocer que semejantes interrupciones quitarian toda la gracia á mi cuento. Tengo hechas unas notas que leeremos con atencion y cuidado, las cuales os sacarán de toda duda. Ahora ¿queréis escucharlo, que voy á empezar? — Con mucho gusto, mamá mia.

Diciendo esto, cada uno acerca su silla á la Marquesa, la que tomando otra vez el manuscrito, leyó en alta voz lo siguiente :

